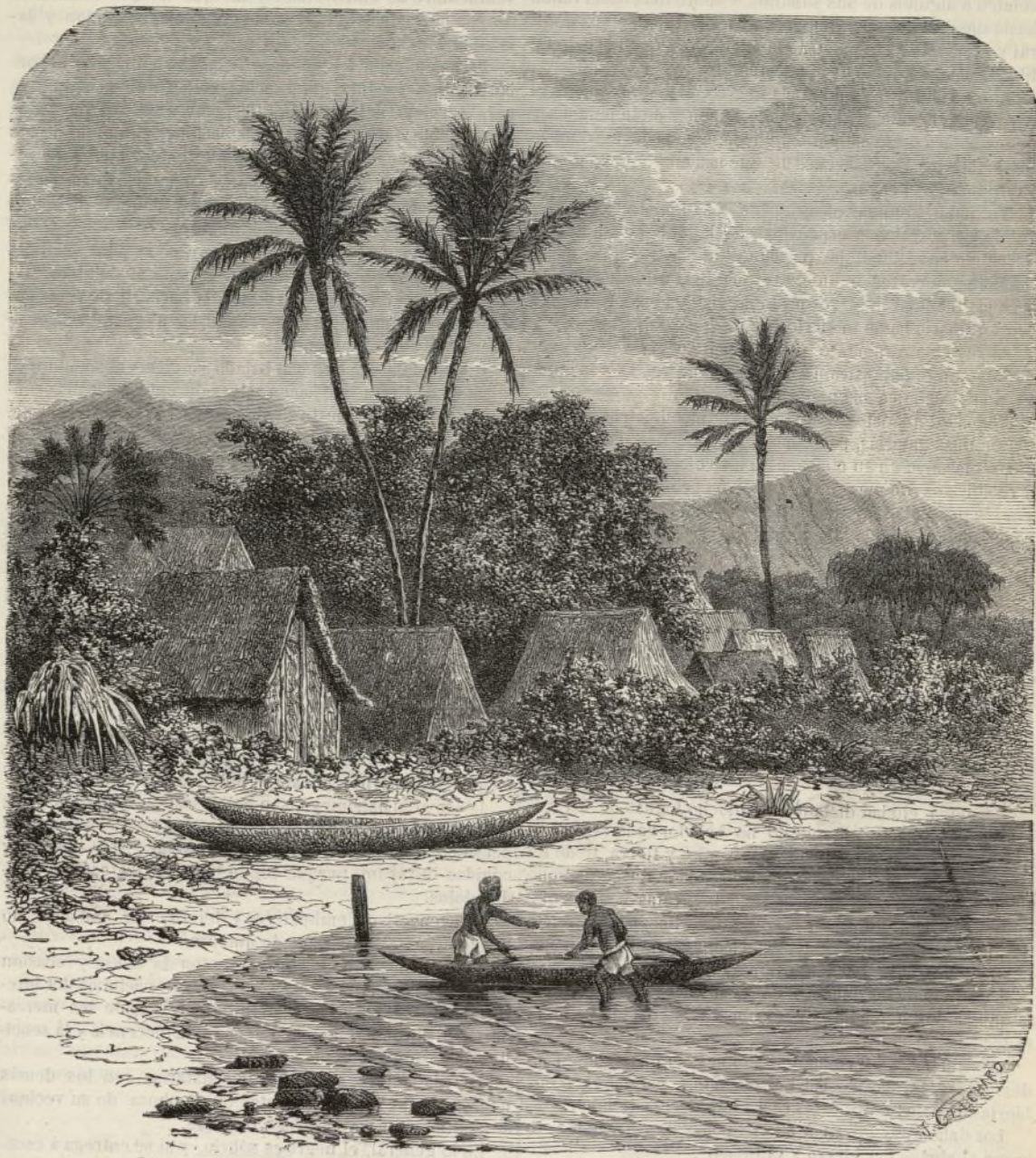


rir á los prisioneros de guerra fusilándolos, sin respetar al emperador Maximiliano, victima de una horrenda traicion, y por cuya vida en vano se ha interesado toda la Europa, que no ha podido ni aun retirar de aquel suelo de maldicion su ensangrentado cadáver.

Algunas veces, en fin, cuando los soberanos negros no

tienen criminales ó prisioneros, aprovechan con salvaje premura el menor pretexto, ó lo inventan en caso de necesidad, para apoderarse de la persona de sus súbditos, sobre los que tienen generalmente el derecho de vida ó muerte, pero que prefieren vender.

No menos salvajes que estos príncipes, los príncipes eu-



Un pueblo del Dahomey situado á la orilla del rio.

ropeos, lejos de oponerse al tráfico de esclavos lo han favorecido por mucho tiempo, y con frecuencia gentes reconocidas por ellos han robado negros libres, que confiados acudian á su llamamiento en las costas, para ir á venderlos á las colonias de América, donde los blancos los necesitan para cultivar las tierras que su percha no sabe fecundar,

SEGUNDA SERIE, —1867.

AÑO XXV. 21

repitiendo de padres á hijos, y tal vez creyéndolo, que los negros no son hombres, y que pueden en rigor ser tratados como bestias de carga.

Si fuesen á las costas de Africa, de otro modo juzgarían de las cosas, viendo á los representantes de las potencias europeas que tienen factorías sobre la costa, tratar de reyes y de majestades á los soberanos negros, que tan barato venden á algunos de sus súbditos, y sobre todo observando hasta donde el progreso podría elevar la inteligencia natural y la imaginación poética de los negros en el estado de libertad y de aprecio de sí mismos.

Entre todos estos soberanos negros, el mas notable es el rey de los Dahomeys, que puede disponer de la persona y de los bienes de sus súbditos. Puede, á su arbitrio, venderlos ó matarlos; dos derechos de que usa muy ámpliamente, sobre todo del primero.

Yo acudí, al tomar posesion de la administracion general de las posesiones españolas en el golfo de Guinea en Fernando Póo, donde he permanecido por tres años desafiando los horrores de un clima que mata á los hombres y seca las plantas, hoy recuerdo mi visita á este reino, tan extraordinario como misterioso y poco conocido.

El rey sale raramente, y se presenta pocas veces cuando llega un buque extranjero. Y si alguna vez va á la guerra, no se espone á sus peligros.

Todos los negocios los abandona á sus ministros, que están en unas galerías, parecidas á un cobertizo, en su palacio, ó mas bien en su choza, para instruirlos de lo que pasa y recibir sus órdenes. No se llegan á él sino casi arrastras, y no le presentan nunca el rostro sino al dejarle, lo que hacen andando hacia atrás; empero, ya entonces, el rey les ha vuelto la espalda para entrar en su cabaña.

El rey no permite á ninguno de sus súbditos hacerse llevar en hamaca: él solo tiene este derecho. Es preciso ser, á lo menos, capitán de guerra, para tener el derecho de servirse de un quitasol; el rey da un mulo á cada uno de sus oficiales constituidos en dignidad, sobre el que montan en el ceremonial.

El vestido de corte es una especie de sobrepelliz sin mangas, y sin la cual nadie se presenta al rey. El rey provee de este traje á los oficiales, los soldados se visten como pueden.

Beamem, ciudad distante veintiocho leguas de las factorías europeas, y á la que yo no he ido, es la capital en que mora. Su casa, construida de bambú y tierra, tiene un cercado de un cuarto de legua. Alrededor de su persona tiene una guardia de mujeres armadas, estas son las que comunican sus órdenes á los grandes. Hacen el ejercicio de fuego con bastante destreza. Las hay tambien con flechas y un carcax, y son mas ligeras que las otras.

La nacion de los dahomeys está dividida en tres clases: la milicia, los mercaderes y los obreros. El estado de mercader es el primero.

Las ciudades del reino de Dahomey son bastante grandes: las casas, esparcidas por el campo, pequeñas y cubiertas de paja: entre estas casas hay tierras de labor.

Los dahomeys miran á su rey como una divinidad, lo creen al abrigo del hierro y el fuego.

Nada mas bárbaro que las ceremonias celebradas á la muerte del rey de los dahomeys. Inmediatamente que se publica esta muerte, ocho hombres abren una fosa de cerca de 12 pies de profundidad sobre 7 de largo. Levántase una especie de lecho, adornado de cuanto mas precioso tenia el difunto. Sobre este lecho se coloca un maniquí en-

vuelto en toda clase de telas. Se hace subir á aquella especie de tablado á los ocho hombres que se han ocupado en abrir el sepulcro, y á medida que van subiendo se les corta la cabeza, y se arrojan sus cuerpos al campo para pasto de los lobos y aves de rapiña. Entonces se presentan en tropel muchas mujeres, solicitando el honor de ser encerradas en el sepulcro para servir al difunto rey. Se eligen veinticuatro de entre ellas, y las que no son llamadas á formar parte de esta horrenda ceremonia, se quejan y lamentan mucho.

Para confirmar á estas desgraciadas víctimas de la barbarie en su crédula ignorancia, colocan en el sepulcro, para servicio del rey difunto, gran cantidad de coral, aguardiente, tabaco, pipas, tres bastones con puño de oro y otros tres con puño de plata y diferentes objetos. Se recomienda á las mujeres que han de encerrarse en su sepulcro que tengan gran cuidado del rey, dándole de beber, de fumar, y lavándole con aguardiente.

Concluido de hacer este encargo, se ve á las infelices atropellarse por ser las primeras en bajar al sepulcro.

Una costumbre pone el colmo á la barbarie de esta costumbre, y es, que antes se les rompe las piernas á estas mujeres con golpes inhumanos.

Inmediatamente que han bajado se cierra el sepulcro se le cubre de tierra y se hacen salvas durante cinco dias.

Después de un cierto tiempo se celebra la gran ceremonia de los funerales, á la que deben asistir los jefes de las factorías europeas, así como los reyes tributarios, los gobernadores y comandantes del país.

Los europeos tienen obligacion de dar regalos que consisten en aguardientes, telas, sombreros y *causis* moneda del país.

Los príncipes tributarios están obligados á dar cada uno cuatro cautivos de ambos sexos, un buey, un carnero, un pichon; dos patos y veinticuatro pintas de aceite de palma.

Los gobernadores y comandantes dan cada uno dos cautivos de ambos sexos, un caballo, un buey, un carnero, dos pichones, doce patos, una pieza de tela y una cantidad de *causis*.

Inmediatamente, hombres, caballos, bueyes, carneros, etc., es inmolado todo á los manes del difunto rey y arrojados sus cuerpos al campo para pasto de animales.

Los negros dahomeys, son belicosos: que guardan entre sí un secreto inviolable. Son perezos, no se cuidan mas que del momento presente, inclinados á robar y solo temen ser cogidos infraganti porque saben que se les castiga vendiéndolos.

Son vengativos, embusteros y tercos, sin embargo, no puede negárseles un poco de dulzura.

Parece cierto que los europeos son la causa y ocasion de estos vicios en Africa, y que en las naciones del interior donde todavía no ha penetrado el tráfico de los mercaderes de Europa reinan la buena fé, la inocencia y la sencillez de costumbres.

Los dahomeys, son muy hospitalarios con los demás negros, el que nada tiene entra en la choza de su vecino, se sienta á su mesa y es bien recibido.

En lo general, el negro es sóbrio, y si se entrega á esosos es al beber el aguardiente, ese funesto regalo que le ha hecho beodo.

Proviene su barbarie de su ignorancia y de su supersticion, cuidadosamente mantenida por sus soberanos, que se han impuesto como dioses, ó mas bien como diablos, á la credulidad de aquellos pueblos.

Los dahomeys, y en general los habitantes de toda aquella parte de la Guinea, son mas supersticiosos que los de las demás partes de Africa.

Los *fetiches*, que están en gran veneracion en la Costa del Oro, en la de los Esclavos y en general en casi toda la costa occidental de Africa, se presentan en el país de los dahomeys con ciertas particularidades.

La palabra *fetiche*, de origen portugués, significa propiamente encanto ó amuleto. Se ignora cuando han comenzado los negros á servirse de ella; ordinariamente se emplea en un sentido religioso. Todo lo que sirve en honor de la divinidad toma este nombre, de manera que no es siempre fácil distinguir sus idólos de los instrumentos que sirven para el culto, y los que llevan para adorno el coral, el marfil ó de oro, son otros tantos *fetiches*.

Los objetos de veneracion de los negros no tienen determinada forma. Un hueso de ave, una espina de pescado, una piedrecilla, las menores bagatelas, toman la cualidad de *fetiches* al capricho y voluntad de cada uno.

El número es tambien indefinido pero los mas tienen ordinariamente dos ó tres. Todos los negros llevan uno en su cuerpo ó en sus canoas y el resto lo dejan en sus chozas, pasa de padres á hijos como una herencia, con un respeto proporcionado á los favores y servicios que la familia cree haber recibido de ellos.

Hay piedras *fetiches* que se parecen á los mojones que sirven en algunas partes de Europa para deslindar los campos y tierras. Piensan los negros que son tan antiguos estos *fetiches* como el mundo.

Green estos pueblos que su *fetiche* ve y habla. Cuando cometen alguna accion de que les remuerde la conciencia lo ocultan cuidadosamente con su taparabo, por miedo de que les vea. Tienen miedo de jurar por estos idólos, porque segun la opinion general creen que no sobrevivirian una hora á su perjurio.

Además de los *fetiches* domésticos y personales los hay públicos que pasan por los patronos ó protectores del país: algunas veces es una montaña, un árbol, una roca, otras suele ser un pescado, un pájaro y con mucha frecuencia una serpiente.

El culto de la serpiente estaba muy en uso entre los antiguos habitantes de aquellas comarcas, asi como en una gran parte del resto de la costa occidental de Africa.

Los dahomeys vencedores de los oncidas, han adoptado en parte la religion de los vencidos, aunque han agregado á ella un culto particular con los árboles y los rios.

Hoy presentamos á la vista de los lectores dos grabados que muestran la casa de los dahomeys y uno de sus pueblos situados á la orilla del rio con las canoas de que se sirven los salvajes para su navegacion.

Otro dia quizá continuaremos refiriendo algunas particularidades sobre el reino de Benin, limitado al Oeste por el de Ardera y al Sur por el golfo de Guinea y por la comarca del Calabar, con otros países de que apenas se saben los nombres, que hemos podido examinar en nuestro curiosísimo viaje.

EL VIZCONDE DE S. JAVIER.

MURMURACIONES DE UN VIEJO.

Hay un estado en la esfera social, aborrecido de la mayor parte del mundo, y sin embargo, necesario como nin-

guno para el orden y existencia del universo. Origen de las virtudes mas sublimes, fuente y principio de los vicios mas repugnantes, su práctica nos eleva hasta la santidad infinita, cuando no somos arrastrados por su influencia á las tinieblas del error. Por él dan fruto nuestros campos, las ciudades elevan al aire sus maravillosas construcciones, y tambien á menudo esas mismas campiñas quedan yermas á su impulso y las villas y lugares raídos de sobre la haz de la tierra. Por él cruzamos el ancho mar; las gentes de opuesta raza y color cambian, despues de darse el fraternal abrazo, las producciones de opuestos climas; pero ¡cuán á menudo su maléfica influencia convierte á los hombres en mortales enemigos, y no combaten con encarnecimiento los moradores de latitudes apartadas, sino que los nacidos bajo un mismo techo, se buscan ansiosos de clavar el acero en el corazon de su hermano! El mantiene nuestra salud dando vigor al ánimo, hace diligente al que fuera perezoso sin su estímulo, al imprudente reflexivo, convirtiendo en héroe al de tímida condicion, asi como tambien es fuente de crueles enfermedades, causa de torpe abandono, ó de ciego despecho y humillacion vergonzosa.

Esta virtud ó calamidad, segun quiera titulársela, pues de una y otra manera se la considera, se llama la POBREZA. Reflexionemos un poco sobre sus opuestas cualidades, que no obstante ser el campo pendiente y lleno de abrojos, ofrece largo espacio á la imaginacion para lucir sus dotes ó divagar sin resultado.

Omitiendo lo mucho que pudiera escribirse acerca de la existencia del bien y el mal relativos, que nos engolfaria en un piélago de cuestiones filosóficas, buenas para muy pocos de nuestros lectores, dado caso que nosotros fuéramos capaces de abordarlas con éxito, diremos desde luego, movidos por la obligacion de todo autor á consignar su parecer, que no juzgamos á la pobreza tan mala como vulgarmente se la considera por la inmensa mayoría del género humano, engañado con la esperanza de asegurar la dicha con la posesion de abundantes riquezas.

Téngase presente para evitar algun tanto el escándalo que ha de producir nuestra opinion, que calificamos de pobreza aquella situacion que nos permite satisfacer las precisas necesidades de la vida, que son mas cortas de lo que juzgamos generalmente, sin nada de ostentacion ni aparato, á cambio de un trabajo continuo; pero de ningun modo queremos hablar de la miseria que lleva consigo la carencia de lo absolutamente preciso, estado menos comun de lo que se cree y casi siempre (disimúlese lo desnudo de la frase), casi siempre, volvemos á decir apoyados en la experiencia, ocasionada y sostenida por el individuo que la padece, salvo contadas escepciones, que respetamos á fuer de hombres educados en la práctica del cristianismo.

Es indudable que la mayor parte de nuestras desdichas tienen por base la comparacion que siempre hacemos de la posicion que nos ha tocado en suerte con otras de mas elevada altura; este sentimiento encerrado en sus límites racionales es conveniente y justo, como principio de todo progreso y adelanto, pero cuando convertido en ansia de allegar caudales ó dignidades, toca en el estremo de pasion febril que nos quita la tranquilidad, entonces deja de ser un don del cielo y se halla próximo á turbar las facultades del alma que le dió entrada, haciéndola olvidar las nociones de probidad grabadas en el corazon, cual saludable contrapeso á los desenfrenados apetitos.

Nada proporciona sinsabores iguales á los que cuesta sostener una posicion artificial, nada humillaciones tan

amargas, nada desasosiego con menos tregua. El mendigo resignado con su fortuna es mas independiente, feliz y venturoso, que la persona empeñada en alcanzar los bienes colocados á larga distancia de su mano. Todo en la naturaleza tiene su esfera propia en la que gira, se desarrolla y vive con desembarazo, fuera de la cual se ahila y perece, por mas que á los principios asombre á los incautos con algunas muestras de prosperidad. No sucede otra cosa en el órden moral: ni el genio mas eminente, ni la dominacion mas poderosa, han librado de su ruina á cuantos han querido sobreponerse á esta ley comun. Por estenderse á empresas ajenas de la debida moderacion han terminado su vida, tal vez de una manera innoble y lastimosa, los capitanes de mas renombre; por abusar de su poder han llegado los mayores imperios á servir de ludibrio á bárbaras naciones, á través de una lenta y dolorosa agonía; el ánsia de goces materiales, ó aparentar al menos que se disfrutaban, tiene sin norte al siglo XIX, privándole de infinitos placeres, mas ó menos legítimos, que nuestros abuelos disfrutaban, contentos con su destino y sin cuidarse mucho del día de mañana, ni obsesentarse mayor lujo del que sus fuerzas les permitian, porque sabido es que la diversion y el recreo no van unidas á la magnificencia, causa por lo comun de comprimir el espíritu, mejor hallado donde menos aparato sofoca sus naturales expansiones.

Aun sin elevarnos tan lejos, podremos citar algunos hechos de grata recordacion para nuestros contemporáneos.

Por el año de 1834, se desarrolló en Madrid un verdadero furor por los bailes de máscara, consecuencia natural del entredicho que les abrumó durante el reinado anterior. Era de ver el raro espectáculo que ofrecian aquellos salones rebosando de gentes disfrazadas todas, pues nadie se presentaba de otra manera, con vestimentas caprichosas unas, por lo increíblemente ridículas, muchas aderezadas con esmero y buen gusto, algunas propias en su representacion, y por lo general encubriendo todas á personas de buen humor, que habian resuelto divertirse á pesar de la guerra civil que rugia desencadenada, y cuyo resultado aparecia muy problemático y comprometido para la mayor parte de los individuos que así olvidaban sus estragos. Aquello era bailar sobre el cráter de un volcan, y los que no lo han conocido, con dificultad podrán figurarse el encanto que llevaba consigo. Ya iremos probando que lo dicho no es ciego cariño á los tiempos que pasaron. En las casas particulares se arreglaba una funcion de máscaras con solo aumentar algunas luces, no muy sobrantes por cierto, alquilar un piano, cuando no era de uso comun en la familia, y colocarle en sitio á propósito á voluntad de los concurrentes, entre los que nunca faltaba quienes á ratos prestaban gustosos su habilidad para la diversion comun. Es cierto que partes habia donde llevaban la suntuosidad hasta el punto de contratar un par de músicos, ciegos por lo comun, pero estas eran raras escepciones, en compensacion de las cuales abundaban parajes donde se arreglaba la fiesta al compás de alguna guitarra, tañida por los mas diestros y estimados entre los tertulianos. ¿Te ries, jóven lector? Estás en tu derecho; yo tambien he reido en las diversiones modernas de igual género al compararlas con aquellas, de las que no son mas que un pálido reflejo, sin embargo de su excelente orquesta, alfombras y colgaduras. Pero sigamos con nuestro cuento. Los bailes que por entonces llamaron la atencion, merced á su carácter aristocrático y de buen tono, se verificaban en los salones del

café de Santa Catalina, en la casa del mismo nombre, sita donde ahora la plaza de las Cortes. El local era excelente, la música era bastante buena, mas el decorado, bien lo recuerdo, estaba reducido á unos pabellones de indiana azules y encarnados, adornando las ventanas; no sé si unas guirnalda de flores de papel en las sobrepuertas y una alfombra, de mediana clase comparada con las que se ven actualmente. Del ambigü (entonces se desconocia la palabra *buffet*) estaba encargado el señor Perona, mas conocido por lo económico de precio que notable por su delicado servicio, y aun este refinamiento de lujo se miraba cual una cosa solo permitida en reuniones de clase privilegiada. Cada billete de la que tratamos salia por suscripción al precio de 10 rs.; por ahí podrá juzgarse lo modesto del ajuar. Pues bien, á este soláz tan económico asistian los personajes mas considerados en politica, entonces de grande importancia, la parte mas granada, en fin, de la poblacion madrileña; allí se divertian haciendo alarde de buena educacion y maneras caballerescas, guardando en todo una mesura y galanteria para con el bello sexo que por desgracia hemos visto ir desapareciendo en los lugares de indole parecida; pues necesario es confesar con pena, que en esta parte hemos quedado muy inferiores á nuestros padres, y nuestros hijos lo son bastante mas con respecto á nosotros, sea por la razon que quiera, esceptuando algunos honrosos tipos, dignos de alabanza. Si allí se hubiera visto á mozalvetes en agraz, despues de haber derrochado en una cena hartamente fuerte para su endeble constitucion, el precio que nunca valieron, si se les hubiera visto, decimos, incomodar con sus desgraciados chistes á los que bajo todos conceptos tienen derecho á ser respetados, la correccion hubiera seguido inmediatamente á el abuso. De esta manera volvían á su casa los bailarines de hace treinta años, sin conservar otra cosa que gratos recuerdos de una noche que en nada habia perjudicado sus intereses. Pasaron los tiempos, y el asunto mudó de aspecto. Bailes hubo á 50 rs. el billete; moda y costumbre se hizo gastar en el ambigü cantidades considerables, y se tuvo por muy vulgar ir á un baile de máscara disfrazado. Digaseme ahora ¿en cuáles de entrambas épocas seria la diversion mas completa y satisfactoria, en la económica ó malgastadora? Juzgue cada cual segun le dicte su buen criterio. Nosotros, en tanto, presentaremos otro ejemplo de mayor fuerza.

Por aquellos dias era costumbre reunirse las familias y amigos en plácida tertulia, consumiendo la velada los jóvenes en agradable conversacion, y las personas de mayor edad armaban una partida de tresillo ó entretenian el tiempo jugando á la loteria: como se puede calcular, el trato social ganaba mucho en ello; se cultivaban las relaciones, los amores y galanteos llegaban á buen término bajo la égida de los padres respectivos, y todo marchaba á maravilla. Solia tambien bailarse los dias de fiesta, representar comedias, lucir su destreza algun prestidigitador, é improvisar comidas de campo, á escote, por decontado, pues como la delicadeza imperaba ante cualquier consideracion, tenia siempre á la vista cada cual el principio de no ser gravoso á los demás. Esto sin duda era económico, civilizador en alto grado y á propósito para escitar el ingenio, animado por la esperanza de merecer la distincion y aprecio que la hermosura prodiga siempre al de mas habilidad ó mayor donaire, y sobre todo, por lo que hace á nuestro asunto, nadie se veia empeñado con gastos locos á vender el oropel por metal fino, ni el frágil vidrio por margarita preciosa. Pero corrieron los años; aunque no mas ricos, nos

hicimos mas pródigos; lo que nuestros conocimientos ganaron en estension perdieron en profundidad, fuimos eruditos á la violeta, y como aquel buen hombre de Molière, que á los cuarenta años descubrió que era poeta, nosotros conocimos nuestro mucho valer, tuvimos á mengua costumbres tan sencillas, y unos parodiando á Talleyrand ó Pitt, otros convertidos en Tenorios de sainete, las abandonamos de contado. Bulleron por do quiera agiotistas con infulas de banqueros, los filósofos adoradores de la idea, ó lo que es igual, de sus propios desvarios, pusieron el grito en el cielo contra todo principio de autoridad, empezando por la de Dios para concluir por la del último ministril, y viéndose aplaudidos por la multitud, á quien engañaban para explotarla, se hincharon de orgullo, tratando en suma de borrar cuanto á su juicio pudiera darles aire de proletarios, insolente voz inventada por la fraseología moderna, y resolvieron dar al traste con las constumbres y tradiciones del país, por otras que en todas partes son las de los que no tienen ninguna.

La innovacion fué revestida con barnices de cultura, y aunque dado de brocha gorda, llevaba en su seno un colorido de qué se me dá á mí, muy agradable para cierta clase de gentes, y fascinador para los que siempre caminan de reata, condenados á discurrir por medio de apoderado.

Entonces se halló mas cómodo en vez de las reuniones familiares pasar largas horas respirando la viciada atmósfera de un café, donde los hombres se reúnen sin amistad, se tratan sin conocerse, y se separan sin pesar; donde lejos de la presencia de toda persona á quien guardar respeto, las acciones ó palabras pueden ser tan sueltas como a cada cual convenga; y resultó de ahí que mientras los padres, esposos y hermanos perdían el tiempo enfrascados en una política que por lo disparatada se ha hecho famosa bajo el nombre de los sitios en que se trata, las señoras dormitaban en sus desiertas habitaciones, si por acaso daban alguna tregua á las pláticas superficiales de modas y devaneos. ¡Y luego nos quejaremos en todos los tonos del lamentable atraso de la educacion mujeril, sin considerar que procede de nosotros mismos! ¡Como si fuera posible adquiriese conocimientos aquel á quien se abandona por completo! ¿Podrá rendir sazonados frutos el árbol cultivado solamente con objeto de recrear la vista con inútil hojarasca, buena cuando mas para proporcionar algun rato de frescura en los ardores del estío?

Se acabaron al mismo tiempo los inocentes juegos de lotería y otros de igual género, donde solo se atravesaban algunos maravedises; quien los hubiera propuesto pudiera darse por feliz con escitar solo compasion, en su lugar imperó el tapete verde, donde la vuelta de cada naipe escita una tempestad mas destrozadora cuanto mas contenida; á las partidas de campo se las dió el nombre de *giras*, ascendió su coste á muy regular cantidad de pesos duros, en términos que ya nadie comprendiera como gastando algunos miserables reales se conseguia antes mejores resultados, y por fin, hasta en el último tributo consagrado á la memoria de un amigo, se dejó traslucir el orgullo y aspiraciones aristocráticas, mal avenidas con la igualdad tan decantada, que solo podrá tener arraigo al par de costumbres sencillas y virtudes austeras.

Escribimos esto por la singular recomendacion que vemos estampada al pié de gran número de cartas mortuorias: *se suplica el coche*. Pensamos que la mayor parte de los que la usan, siguiendo la corriente general, toman, como suele decirse, el recado en la escalera, ó para espre-

sarnos mejor, que no saben lo que dicen. Las personas de alta clase hace ya tiempo rogaban á sus allegados asistiesen con carruaje á la conduccion del cadáver de sus parientes, así como se prescribe para ciertas solemnidades el uso de uniforme, cosas entrambas muy en su puesto, porque se supone tratar con quien puede disponer de uno y otro, pero hacer igual prescripcion á un individuo de la clase común, es como decirle: «No se olvide vd., señor de N., de gastar 20 ó 30 rs. para satisfacer mi vanidad.» ¿Por qué, si tanta importancia da el invitante á una larga fila de simones, no los apronta de su cargo? Ya sé que 20 ó 30 rs. son pequeña cantidad, pero desengañense los que tal hacen, es muy raro el que los sacrifica gustoso, como no le anime segunda idea. Y tanto se ha vulgarizado la dicha costumbre, que no pocas personas distinguidas, van dando pruebas de buen sentido y humildad cristiana prohibiendo absolutamente esta demostracion en sus funerales.

Al trasformarse las costumbres, desaparecieron tambien aquellos frecuentes bailes particulares, delicia de las muchachas y sus aficionados; ya nadie tuvo la osadía de anunciarlos por no esponerse á que los motejasen con los epitetos de reunion de manga larga, de cuerpo alto, etc., etcétera, pues como solo en casas de primera nota se disfrutaba esta diversion con todas las circunstancias propias de la riqueza, sucedió que aumentando las aspiraciones al fausto, tuvo por mejor la clase menos elevada retirarse de la escena á costa de su recreo, que no confesar una inferioridad con que debiera estar muy satisfecha cuando no envanecida.

Creyendo suplir esta falta, se formaron entonces infinidad de sociedades coreográficas por suscripcion, con entrada gráti para las concurrentes. Hablen otros con mas conocimiento de su indole, desarrollo y estado actual: diré tan solo que, sin embargo de contar algunas con excelente música y salones espaciosos, nunca pudieron llenar el vacío que dejaban las reuniones de familia, imposibles de sustituir con los bailes públicos en las ciudades de primer orden.

De suerte que hemos venido á lograr gastando mayores sumas, ser realmente mas pobres que hace treinta años, puesto que nos imponemos privaciones desconocidas para los hombres de aquellos tiempos, á quienes sobraban medios de que nosotros carecemos, con que satisfacer sus caprichos y honestas diversiones. Y todo no porque seamos mas pobres económicamente hablando, sino por el condenado afán de aparentar lo que no somos; pauperismo de espíritu de curacion difícil y fatal pronóstico.

Ha dicho un filósofo: «Si quieres ser rico, acorta el número de tus necesidades.» Creo que fué J. J. Rousseau: como no soy académico, no me juzgo obligado á revolver libros para comprobar una cita; Franklin en su *Buen hombre Ricardo*, dice tambien: «Mas cuesta sostener un vicio, que criar tres hijos.» Nosotros hacemos todo lo contrario de lo que indica el primer axioma; á cada momento crece nuestra necesidad, hasta que la precision y el escarmiento nos obliguen á quemar los idolos levantados al superficial orgullo, y sacrificar en aras de la modestia. Tengo para mí no tardará mucho en llegar este caso, si no para la generacion actual, á quien le costará infinito renunciar á las teorías que le han hecho concebir acerca de la riqueza inmensa á que podemos aspirar, para la juventud que ha de seguirnos, amaestrada en los verdaderos elementos de prosperidad que nuestro suelo encierra, y sin tener á la vista los perniciosos ejemplos que hemos visto de repentino en-

grandecimiento, debidos á circunstancias particulares que ya no pueden reproducirse.

La instruccion sólida, el trabajo, la economia, la virtud, aun considerada nada mas que bajo el aspecto utilitario, han de ser las verdaderas fuentes de la riqueza futura: seguir el camino que venimos recorriendo, conduciria á la sociedad á su disolucion, y no creemos que la Providencia tenga reservado á la noble España la suerte del Bajo imperio, ó de las repúblicas americanas que un día fueron posesiones españolas.

Decimos esto, porque observamos complacidos alguna tendencia á volver al buen camino en punto á costumbres, pues lo demás no es de nuestro cuento. Ya no se advierten entre personas decentes, aquellos alardes de irreligion é immoralidad que escitaban en otro tiempo el desprecio y lástima de las personas que siempre conservaron un fondo de buen sentido; si hay alguno que abrigue tales ideas, disimula y las guarda dentro del pecho, temiendo sublevar contra él, si otra cosa hiciese, la opinion de la parte mas ilustrada y apreciable de los que le oyeran. Cuantos escritores llevan reputacion universal, acatan el principio religioso, ó están afiliados entre sus paladines; algunas escepciones no merecen tomarse en cuenta, privadas como están de auditorio, si bien les siguen escasos prosélitos, desacordes hasta con la doctrina del maestro.

Si desde un principio no hubiéramos determinado considerar el asunto bajo el aspecto puramente humano, podríamos añadir excelentes argumentos para consuelo y rehabilitacion de la pobreza, tan respetada y cariñosamente atendida por la Iglesia católica; mas como la verdad, aun sin mas auxilio que las luces naturales, siempre ha contado defensores, un filósofo pagano, práctico en la desventura, ha de suministrarnos reflexiones dignas de un padre de los primeros siglos del cristianismo.

Epicteto, natural de Hierapolis, en Frigia, esclavo en Roma del brutal é ignorante Epafrodito, lejos de lamentar su estrella, decía con serenidad: «Ocupo el lugar que la Providencia me ha designado, y no puedo quejarme sin ofenderla.» Los principios de su filosofia eran: «Saber sufrir, y abstenerse de cuanto pueda ser contrario á la práctica de la virtud.» La plegaria que le atribuye su discípulo Arriano, parece un modelo de resignacion evangélica. «Señor: ¿he faltado á vuestros preceptos? ¿He abusado de los dones que me habeis concedido? ¿No he conformado mis deseos á vuestra voluntad, así como mis votos y parecer? ¿He acusado jamás vuestra Providencia? He estado enfermo porque así lo habeis querido, y aceptado mi mal con resignacion: he sido pobre porque lo habeis ordenado, y he sufrido la pobreza con alegría: no he pensado nunca elevarme del estado humilde en que me habeis puesto. ¿He manifestado algun descontento? ¿Me habeis sorprendido en el abatimiento ó maldiciendo mi suerte y vuestros altos juicios? Estoy pronto á sufrir cuanto querais: el menor de vuestros mandatos es para mí un precepto inviolable. ¿Queréis que abandone este magnífico espectáculo que se llama mundo? Le abandonaré, y al propio tiempo os manifiesto mi gratitud por haber recibido de vos la gracia de poder admirar viviendo, todas vuestras obras, y la sabiduría asombrosa con que gobernais el universo.»

Un poeta considera conformidad semejante, cual testimonio de cobardía: nosotros pensamos que sin esta completa abnegacion, origen de constante heroísmo para las almas privilegiadas, ni los santos misioneros hubieran ganado para la civilizacion los herbazales del Paraguay, ni Guzman el

Bueno se hubiera immortalizado en Tarifa, ni los españoles triunfaran en San Marcial, despues de haber asombrado al mundo en Bailen, Zaragoza y Gerona.

DIONISIO CHAULIÉ.

LA CAZA DEL RINOCERONTE.

Dice un viajero, que la sola vista del rinoceronte basta para poner en fuga al leon.

Otro, que no contradice al precedente, escribe que el rinoceronte hace huir al leon como á un gato.

Un tercero: «Mata hasta el elefante, abriéndole el vientre con su cuerno.»

Otro: «Los hombres son los únicos enemigos á quienes teme; pero solo hasta que se le hiere ó se ve perseguido.»

Escuchemos aun á este: «Es un traidor, cuya presencia no se anuncia por nada; un agresor que por nada se asusta, y un furioso á quien toda resistencia le vuelve implacable.»

Tal es la fiera de que nos ocupamos; habita el Asia y el Africa.

Hay, sin embargo, gradaciones. Así parece que el rinoceronte blanco es de un carácter suave y confiado.

No hay, sin embargo, que exagerarle esta dulzura. Un rinoceronte blanco, herido por Mr. Oswell, lanzó por los aires de una sola cornada á caballo y jinete.

Júzguese por esto del comportamiento que seguirá el rinoceronte negro.

Mr. Moffet, derribó una vez á un rinoceronte negro, sobre el que se precipitaron los indigenas lanzando gritos de alegría; doce lanzas penetraron á la vez sobre los costados de la victima; estos pinchazos le reanimaron; en un instante se puso de pié, y se lanzó surcando el suelo con sus cuernos (es su manera de embestir), sobre sus vencedores, que tuvieron que acudir precipitadamente á la fuga.

El rinoceronte, es despues del elefante el mayor mamífero que se conoce. Su nombre viene de dos palabras griegas, que pueden traducirse por *cuerno sobre la nariz*. Se sabe, en efecto, que la region frontal nasal está coronada en los adultos por uno ó dos cuernos, segun las especies. Viven de vegetales, y su sistema dentario está perfectamente arreglado á este género de alimentacion. Tiene el cuello tan corto y tan poco flexible, que mas que yerbas comen las hojas de las ramas que pueden alcanzar; hojas que, su labio superior, muy móvil y terminado en punta triangular, coge fácilmente.

Es raro encontrarle, y mucho mas raro aun encontrar cuatro ó cinco reunidos. A pesar de esto, se les busca con empeño, porque su carne es un manjar regalado para los salvajes.

En Nubia se les caza á caballo. Los hombres van enteramente desnudos. Se precipitan sobre él, y le irritan sin poder herirle. A pesar de su destreza y de la agilidad de sus caballos, no siempre pueden librarse de los golpes de su temible adversario. El animal furioso se lanza en persecucion de los que le atacan. Entonces uno de ellos se destaca de sus compañeros, y finge esperarle. El rinoceronte vuelve toda su rabia contra este, y abandona á los otros cazadores, que alejándose rápidamente, van á ocultarse en

sitio favorable, cerca de algun árbol grande, escogido de antemano.

Cuando el jinete que parece hacer frente al animal, supone que sus compañeros han llegado al sitio y se han apostado, parte como un rayo, llega al pie del árbol indicado, salta del caballo que huye, y trepa por las ramas.

El rinoceronte, que le ha seguido, se arroja con furia contra el árbol, que quisiera derribar, y en el que clava su cuerno profundamente. Pero mientras hace esfuerzos inauditos para desprenderse, los cazadores emboscados caen sobre él y le matan á lanzadas.

El rinoceronte atacado, toma, como se ve, un árbol por un cazador, y descarga su rabia contra él. Livingstone atribuye este error al cuerno colocado precisamente sobre la línea del rayo visual, y da por prueba de su opinion que la variedad llamada *kua-boabo*, cuyo cuerno se baja de manera que no estorba la vision, demuestra mas discernimiento que las otras especies. Démoslo por cierto. Los ojos son muy pequeños y hundidos. En cambio el oído y el olfato son muy sutiles; al menor ruido el animal se alarma, endereza las orejas, se levanta y escucha; á no ser que esté dormido, porque tiene un sueño extraordinariamente pesado. Se ha dicho lo contrario, pero Sparrman cuenta lo siguiente:

«Dos de nuestros tiradores hotentotes apercibieron á través del follaje y á tres ó cuatro pasos de distancia, un rinoceronte echado sobre el lado derecho, y tan profundamente dormido, que no despertó al ruido bastante fuerte que produjo casualmente el choque de sus escopetas una contra otra. El primer movimiento que hicieron fué apuntarle; pero como no se había despertado y no veían mas que la parte posterior de su cuerpo, despues de haber deliberado describieron un círculo, y colocándose de modo que pudieran apuntar sus dos escopetas cerca de la cabeza del rinoceronte, le descargaron á la vez los dos tiros sobre el pecho. Como el animal se movía, aunque muy débilmente, temieron que pudiera aun levantarse y perseguirles; entonces tanto por divertirse como por precaucion, volvieron á cargar sus armas, y le tiraron todavía algunas balas.»

Avisaron á Le Vaillant, que en una llanura á corta distancia de su campamento estaban parados dos rinocerontes juntos; en seguida partió en compañía de su gente.

«Como uno de ellos era mucho mayor que el otro, los creimos macho y hembra. Iban con la nariz al viento, y por consiguiente nos presentaban la grupa. Es costumbre de estos cuadrúpedos, cuando se pasean así, colocarse en la direccion del viento, para que el olfato les advierta si tienen enemigos que temer. Entonces solo vuelven de tiempo en tiempo la cabeza, para echar una ojeada hácia atrás y velar por su seguridad; pero es asunto de un instante.

«Ya discutíamos sobre las disposiciones que habíamos de tomar para emprender nuestro ataque, cuando Jonker, uno de mis hotentotes, me pidió que le dejara atacar á él solo las dos bestias. Le dejé obrar. Se desnudó completamente, y partió con su escopeta y arrastrándose sobre el vientre como una serpiente.

«Mientras sucedia esto yo indicaba á mis cazadores los diferentes puestos que debían ocupar. Yo me quedé en el sitio que ocupaba con dos hotentotes; uno tenia mi caballo, y el otro los perros; los tres nos ocultamos detrás de un matorral.

«Pronto principiaron sus movimientos de observacion y de temor á hacerse mas frecuentes, y empecé á temer que se hubiesen apercibido del ruido que hacían mis perros,

que, habiéndolos visto, hacían grandes esfuerzos para escapar á su guardian y lanzarse sobre ellos.

«Jonker, por su parte, avanzaba siempre, aunque lentamente, y con los ojos fijos sobre los dos animales. En cuanto les veía volver la cabeza se quedaba inmóvil.

«Con tantas interrupciones, se estuvo arrastrando mas de una hora. Al fin le ví dirigirse hácia un gran matorral que se encontraba á lo mas á doscientos pasos de los rinocerontes. Llegado allí, y seguro de poder ocultarse, se levantó, y despues de mirar á todas partes para ver si sus camaradas estaban en sus puestos, se preparó á tirar.

«Yo le habia seguido con la vista mientras se arrastraba; á medida que se acercaba sentia mi corazón latir con mas violencia. Pero los latidos subieron de punto cuando le ví tan cerca de los animales, y dispuesto á tirar sobre uno de ellos. Esperaba con la mas viva impaciencia que saliese el tiro, y no concebía que era lo que le impedía tirar; pero el hotentote que estaba á mi lado, y que á la simple vista le distinguia perfectamente me dijo que si Jonker no tiraba, era por que esperaba que uno de los rinocerontes se volviera, para apuntarle á la cabeza.

«En efecto, el mayor de los dos miró hácia mi lado, é inmediatamente recibió un tiro. Al sentirse herido lanzó un grito espantoso, y seguido de su hembra corrió con furor hácia el sitio de donde habia salido el ruido. Un sudor frio corrió por todo mi cuerpo. Esperaba ver á los dos monstruos derribar el matorral, pisotear al desgraciado Jonker, y hacerle pedazos; pero se habia echado boca abajo. La estratagema le habia salido perfectamente: pasaron cerca de él sin verle, y vinieron derechos hácia mi.

«Entonces sucedió á mi angustia la alegría, y me dispuse á recibirlos. Pero los perros, animados ya por el tiro que habían oído, se alborotaron de tal manera al verlos venir, que no pudiendo ya contenerlos, los desaté y los solté contra ellos.

«A esta vista torcieron su rumbo, y fueron á dar en una de las emboscadas, donde sufrieron una nueva descarga; despues, en otra, donde recibieron la tercera. Mis perros, por su parte, les acosaban encarnizadamente, lo cual aumentaba to lavia su rabia. Daban contra ellos terribles embestidas; araban la llanura con sus cuerpos, y haciendo surcos de 7 á 8 pulgadas de profundidad, lanzaban en su derredor una nube de piedras y guijarros.

«Durante este tiempo nos aproximamos todos, á fin de estrecharles de mas cerca, y reunir contra ellos todas nuestras fuerzas. Aquella multitud de enemigos de que se veían rodeados, les enfureció de una manera indecible. De repente se detuvo el macho, y cesando de huir de los perros, se volvió contra ellos para atacarlos y destrozarlos. Pero mientras él los perseguía la hembra se escapó.

«Yo celebré mucho esta fuga, que nos era muy favorable; porque es innegable que á pesar de nuestro número y nuestras armas, dos adversarios tan formidables nos hubieran dado mucho que hacer. Confieso que sin los perros no hubiéramos podido combatir sin grave riesgo al que quedaba. Los rastros de sangre que dejaba por donde pasaba, nos anunciaban que habia recibido mas de una herida, y cada vez se defendía con mas furia.

«Sin embargo, despues de un ataque desesperado, se batió en retirada, y pareció querer llegar á unos matorrales, al parecer para apoyarse en ellos y no poder ser acosado mas que por delante. Adiviné su astucia, y con objeto de prevenirla me arrojé hácia los matorrales, haciendo señas á los cazadores menos lejanos para que viniesen

tambien. No estaba mas que á treinta pasos de nosotros, cuando nos apoderamos del puesto. En seguida apuntando los tres á un tiempo, soltamos nuestros tres tiros á la vez, y cayó para no volverse á levantar.»

G. M.

LA SABIDURIA DE LAS NACIONES.

Es lo cierto que así los pueblos como los individuos, lo mismo los héroes que los simples particulares, cuando se ven asaltados de crisis extraordinarias que amenazan su existencia, nunca se curaron con paliativos. Tal vez lo

mínimo es superior á lo máximo, según nuestro Padre Feijóo. Esa niña que se presenta en el primer término de nuestro grabado, estremecida ante la doncella que le trae el medicamento repugnante, ¿dejará de ofrecer analogía con la desgraciada Sofonisba al recibir la esclava enviada por su esposo Masinissa con el tósigo mortal que había de librarla de sufrir la ignominia de adornar el triunfo de Escipion?

Al fijarnos en el muchacho afrentado con las orejas de asno y llevando á la espalda la mal formada plana, comprenderemos desde luego todas las tribulaciones del rey Midas, castigado á sufrir la misma pena por su ignorancia; con la diferencia que este desdichado monarca pudo agenciarse un gorro artísticamente dispuesto que ocultaba su deformidad.



A grandes males grandes remedios.

Es igual desatar que cortar, dijo el famoso Alejandro al romper el nudo gordiano, y con esto adquirió el dominio del Asia, prometido por el oráculo al que resolviese la dificultad, con menos trabajo que le cuesta al rústico dibujado en lo alto, abatir un corpulento roble para desembarazar su campo.

¡Pero qué más, amigo lector! si por desgracia alguna vez en tu vida te has visto precisado á consumir la heroica resolución de tomar asiento en el banquillo, butaca ó sea lo que fuese, de un sacamuelas, si tus carnes y nervios se han estremecido al sentir la implacable tenaza de hierro hacer presa en tus molares, nada estrañarás el paralelo que puede hacerse entre ese miserable que juega el todo por el todo para librarse de un padecimiento infernal, y Hernan-Cortés destruyendo sus naves para evitar la retirada de sus tropas. *La muerte ó la victoria*, dijo el uno: líbrame de

dolor tan insufrible, mas que me arranques el alma, ¡ebió pensar el otro.

Llegamos á la parte mas delicada de nuestra tarea y estamos resueltos á escribir muy poco sobre ella. Las intenciones de esa turba de gente famélica armada de instrumentos alevosos, persiguiendo á ese desdichado que procura defenderse apretando contra su envés el asiento de la poltrona, son demasiado significativas para necesitar esplicaciones. Solo diremos recordando lo frágil de nuestro ser, aquellos versos del Macías:

... Corred un velo
Sobre lance tan fatal.
—No sabe ningún mortal
El fin que le guarda el cielo.

Ch.